







# LOS CURANDEROS

FABIO MARTINEZ

- Ilustrado por: ANDRÉS MÜLLER

Martinez, Fabio

Los curanderos / Fabio Martinez ; edición literaria a cargo de María Inés Kreplak y Marcos Almada ; ilustrado por Tati Müller. 1a ed. Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación, 2015. 108 p. : il. ; 14x10 cm. (Leer es futuro / Franco Vitali; 4)

ISBN 978-987-3772-08-5

1. Narrativa Argentina. I. Kreplak, María Inés , ed. lit. II. Almada, Marcos, ed. lit. III. Tati Müller, ilus. IV. Título  
CDD A863

Fecha de catalogación: 10/12/2014

- Edición literaria: María Inés Kreplak / Marcos Almada
- Diseño de tapas e interiores: Pablo Kozodij

## ► COLECCIÓN LEER ES FUTURO

En el marco de una serie de actividades de promoción y fomento de la lectura, el Ministerio de Cultura presenta la colección de narrativa *Leer es Futuro*, que llega a tus manos en forma gratuita para que puedas disfrutar del placer de la lectura.

En esta oportunidad, convocamos a escritores jóvenes cuya carrera está apenas comenzando, con el objetivo de visibilizar su tarea, contribuir a la difusión de sus obras y democratizar el acceso a la palabra, en continuidad con

la ampliación de derechos garantizada por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner.

También hay que mencionar la inclusión de los ilustradores de cada uno de estos libros: todos jóvenes y talentosos dibujantes con ganas de mostrar su trabajo masivamente.

Y en un formato de bolsillo para que la literatura te acompañe a donde vayas, porque leer es sembrar futuro.

————— **Ministerio de Cultura** —————

Franco Vitali  
Secretario de Políticas Socioculturales

Teresa Parodi  
Ministra de Cultura



FABIO MARTINEZ

CAMPAMENTO VESPUCIO, SALTA, 1981.  
Reside en Córdoba. Es Licenciado en Comunicación Social, graduado de la Universidad Nacional de Córdoba y trabaja como profesor secundario en Colonia Tirolesa.

Participó en la Antología *Es lo que hay*. Publicó *Despiértenme cuando sea de noche* (2010). Recibió el Tercer premio en el género cuento, otorgado por el Fondo

Nacional de las Artes.

Formó parte de *Frutos extraños* (2012) junto a Sebastián Pons y Alberto Rodríguez Mayztegui.

Publicó la novela *Los pibes suicidas* (2013), obra que fue finalista del Premio en narrativa Eugenio Cambaceres.

En el 2014 la provincia de Salta lo galardonó en el concurso provincial literario por su libro *Dioses del fuego y otros relatos* que se publicó a fines de ese mismo año.





ANDRÉS MÜLLER

BUENOS AIRES, 1986. Es dibujante, ilustrador y músico. Realizó estudios en el taller de Estanislao Florido y con Verónica Gómez, en el centro de artes cromos. Ilustró discos, historietas y revistas. Publicó en la revista *Turba*. Se puede ver su obra en Facebook.

— **EL AMIGO DE FRANKI PORTA** <



En ese tiempo me quedé solo. Mi mejor amigo, Rubén Palavecino, hermano de saliva y sangre, se puso de novio con la Flaca Acosta, una compañera de curso. Se sentaba con ella, en los recreos caminaban de la mano hasta la cantina, compartían sándwiches de salame, vasos de gaseosa y se besaban cerca de

los canteros de la escuela. A veces los acompañaba pero no era lo mismo. Me sentía un perro que caminaba atrás de sus dueños.

Según los vagos del fondo, esa mina lo había engualichado. El Gordo Tyzon juraba que, en una fiesta, descubrió a la Flaca exprimiendo una toallita femenina para que cayeran algunas gotas de sangre sobre un vaso de cerveza que después tomó Rubén. Cuando el Gordo contaba eso poníamos cara de asco y le decíamos que se callara. No



se le podía creer nada al Gordo pero lo cierto era que estaba en tercero, mis compañeros tenían sus mejores amigos, y el mío me había cambiado por una flaca engualichadora.

Ese mismo año Franki Porta llegó al pueblo y a la escuela. Venía de la ciudad. Por lo general los pibes que llegaban de la Capital traían el pelo largo, piercings en las cejas y pantalones anchos que se les caían y tenían que levantarlos a cada rato. Pero Franki usaba el pelo corto y

su vestimenta era discreta. Lo que sí me llamó la atención fueron sus grandes ojos marrones, claros, bien claros, tanto que parecían transparentes.

Franki se sentó conmigo desde que llegó. Creo que los primeros días apenas abrió la boca para saludar a la entrada y despedirse a la salida. Según los vagos del fondo era maricón, porque cuando Musso (el director) entraba al curso o caminaba por los pasillos y el silencio se adueñaba del lugar, Franki temblaba, cerraba los ojos y se llevaba



las manos a los oídos.

La verdad es que el director era un hijo de puta. Su nombre verdadero era Rivas y le decíamos Musso por Mussolini y en ese tiempo manejaba la escuela como si fuera un cuartel o, en el peor de los casos, una cárcel. Según los de quinto, a un compañero que había tirado una bombita de olor en la cantina, Musso lo encerró en la dirección y le metió una piña en la boca del estómago que lo dejó sin aire y de rodillas en el suelo. También se decía que en su

oficina había fotos de Videla y tomaba café en una taza que tenía impresa la esvástica. Lo cierto era que alumno que pisaba por segunda vez la dirección era expulsado.

Yo también creía que había algo raro en Franki. A pesar de ser callado y tímido, cada vez que pasaba el avión fumigador de los Romero y corríamos al medio del patio para saludar al piloto, Franki era otro, saltaba con nosotros, levantaba los brazos y gritaba de mane-





ra desafortada hasta que el avión se perdía en el horizonte y Franki volvía a ser el mismo.

Recuerdo que fue un lunes, en el recreo de las diez, que me animé a preguntarle a Franki por qué le tenía tanto miedo a Musso. Dio muchas vueltas y tanto le insistí que me contó, me dijo que tenía que ser un secreto y me hizo jurar por mi familia entera que no me iba a reír.

No es Musso, es el silencio. Eso me

da miedo, dijo, y después trató de explicarme que cuando nos quedábamos callados escuchaba susurros, voces, gritos, y de las paredes y rincones surgían extrañas formas.

Por momentos pensé en contárselo al Gordo Tyzon para que nos burláramos un rato pero me di cuenta de que era mala idea. Franki era el único que me acompañaba a la cantina y se pasaba los recreos a mi lado mirando a las chicas de quinto «A», mientras los pibes del fondo jugaban a los luchadores libres



como si tuvieran cinco años.

Creo que después de ese recreo y gracias a mi discreción, Franki y yo dejamos de ser solo compañeros para convertirnos en amigos. Un par de veces lo llevé a casa y comimos junto a mi tía que lo miraba de una forma extraña, para mí que le quería preguntar algo y no se animaba.

En otoño ya éramos inseparables.

Los del fondo decían que éramos pareja.

Unos días antes de que empezaran las vacaciones de invierno, Franki me invitó a almorzar a su casa. Fuimos después de la escuela. El colectivo nos dejó sobre la ruta. La cruzamos y nos adentramos por un camino de tierra. Los árboles tenían las hojas secas. Avanzábamos y los vehículos que pasaban por la ruta sonaban como rayos metálicos cada vez más lejanos. A mitad de camino había una casa destruida. Sólo quedaba el marco de la puerta y un pedazo de pared. En la parte de adelante, un aljibe



viejo emanaba olor a agua podrida. De golpe, las nubes se volvieron más grises y el día se oscureció. Un viento helado nos despeinó y los ojos de Franki cambiaron de color. Se lo notaba agitado y traspiraba. Le pregunté si se sentía bien, no contestó. Observaba la casa, el aljibe, el piso y caminaba más rápido. Se adelantó y justo al frente de los escombros corrió, sus zapatillas levantaron una pequeña polvareda y lo vi alejarse. No sé si fueron minutos o apenas segundos los que permanecí paralizado

sin saber qué hacer. Otra vez miré la casa y sentí que había alguien más. Que alguien estaba escondido detrás de esa pared semidestruida, agazapado, vigilando, esperando. Creí ver una sombra que se formaba en el piso y un escalofrío me recorrió la espalda entera y recién en ese momento corrí.

Llegué agitado. Franki estaba en la puerta.

¿Qué pasó?, le pregunté.

No quiero hablar, dijo y entró.

La casa de Franki era vieja y por mu-



cho tiempo nadie la había habitado. Los techos eran altos y las habitaciones y puertas, inmensas. La madre me saludó de manera efusiva. Me dio un beso en cada mejilla. Estaba recién bañada y su pelo olía a manzanilla. Todavía estaba asustado pero la madre tenía una sonrisa tan espléndida e irradiaba tanta calidez que me convencí a mí mismo de que lo que había pasado afuera había sido otra de las locuras de Franki.

Antes de almorzar pasamos a la pie-

za y escuchamos a volumen alto un Cd de Ataque 77. Me recosté en la cama y revisé la mesa de luz. Había un par de revistas Muy interesante que hablaban sobre casos de telequinesis y otra sobre portales místicos. En el cajón encontré varias cajas de pastillas.

¿Y esto?, grité.

Franki bajó un poco el volumen y dijo:

Me las dio el psiquiatra. Por las voces y las sombras. Te conté ya.

¿Y sirven?





Me adormecen la boca y hay días que tengo mucho sueño, dijo y volvió a subirle al equipo.

Almorzamos milanesas con puré. La madre nos sirvió, se sentó junto a nosotros y no comió nada. Ella solo hablaba y tejía. Sobre un sillón dejaba las prendas terminadas. Había varios pulóveres y bufandas. Los hacía para una señora que los fines de semana los vendía en una feria.

Levantamos la mesa y nos fuimos al

fondo. El patio era inmenso. Jugamos un rato con la pelota, nos dimos unos cuantos pases hasta que la cosa se puso aburrida y le dije a Franki que fuéramos al bosque.

Nos metimos por un sendero angosto. En el camino, Franki me contó que la casa donde vivían era de su tío y que se la había prestado a su madre. Que el padre se quedó sin trabajo y no conseguía nada. Entonces vinieron a este pueblo y alquilaron la casa de la ciudad.

Después de varios minutos escucha-



mos algunas voces y nos detuvimos. A unos cien metros cinco hombres rodeaban un árbol y un camión esperaba con las compuertas abiertas. Nos sentamos en unas rocas y Franki me señaló a su tío. Era un tipo alto y flaco. Llevaba una gorra roja, era el que daba las órdenes. Los otros tenían cascos amarillos y uno de ellos encendió la motosierra. El ruido se volvió ensordecedor. Varios pájaros volaron lejos del lugar. Tardaron varios minutos en cortar el primer árbol. Le daban con la motosierra, se detenían

y sacaban pequeños troncos y volvían a darle, y otra vez se detenían para repetir la acción. El tronco parecía resistirse con gran dignidad pero al final alguien gritaba, los hombres corrían y el árbol caía. Era imponente ese momento. La madera se partía, las ramas se quebraban, el árbol, un gigante herido, se derrumbaba de lleno sobre el bosque y el sonido adquiría cada vez más intensidad, como si fuera una implosión que quedaba latente por varios segundos.

Pasamos la tarde entera sentados en



esas rocas. Nos fuimos cuando el viento se volvió helado. Un pequeño claro se formó alrededor de los leñadores.

En la casa de Franki, el padre había llegado. Estaba en el patio limpiando una escopeta. Me estrechó la mano sin fuerzas. Parecía ido o demasiado concentrado en los caños del arma.

Entramos y tomamos mate cocido con pan casero. Vimos un poco de tele. Al rato el padre gritó desde afuera. Vengan, dijo.

Salimos. La noche había llegado. Un

reflector alumbraba dos latas de durazno colgadas del alambrado. Con el caño marcó en la tierra una línea a unos diez metros y nos prestó el arma.

Disparen, dijo.

En mi vida había tenido una escopeta en las manos. Era pesada y me costó levantarla.

Apuntá con la mirilla, me dijo Franki.

Disparé y la escopeta me tiró para atrás. La explosión me hizo cerrar los ojos, un ardor me quedó en el hombro. Salía humo de los caños. Los balines



pasaron lejos del blanco. Franki me sacó el arma y la cargó en dos movimientos. Apuntó y de un solo tiro hizo volar las latas.

Ese día, antes de irme, Franki me contó un segundo secreto. Algunas noches soñaba con tres personas que quemaban autos y casas en la ciudad. Uno de ellos era un gordo que tenía las palmas llenas de fuego. Corrían por el medio de la calle y se escondían en el bosquecito, atrás de su casa. Se reían y parecían payasos malditos y de a poco

sus rostros se iban desfigurando. Se convertían en tres demonios. Franki se despertaba traspirado y gritaba.

A veces lloraba.

\* \* \*

Después de las vacaciones de julio, Franki empezó a faltar y a llegar tarde a la escuela. Grandes ojeras se le formaron alrededor de los ojos y siempre andaba con sueño. Para que se le pasara se mojaba el pelo en el baño, entra-





ba al curso chorreando agua y muerto de frío. Los profesores lo miraban con mala cara y, según mi tía, que se enteraba de los chismeríos del pueblo, lo acusaban de drogadicto, porque solo un chico con esos problemas se moja la cabeza en pleno invierno.

No pasó mucho tiempo hasta que Musso lo llevó a la dirección por primera vez. En la hora de Historia oímos que se acercaba y el silencio fue absoluto. Entró sin pedir permiso y dijo:

Porta, venga conmigo.

Un murmullo inquietante creció de a poco hasta que Musso, con solo la mirada, lo aplacó.

En el recreo fui hasta la dirección. La puerta estaba cerrada. Simulé arreglar la cadena de una de las bicis al borde de la ventana. Escuché la voz de Musso. Gritaba.

En mi escuela no acepto vagos, decía. Acá formamos personas para el trabajo. Gente como uno. ¿Qué cree, Porta? Que llegando tarde y faltando, el día de mañana le va a durar algún trabajo. Y eso



de andarse mojando la cabeza. ¿Qué le pasa, Porta? ¿Qué mierda le pasa?

La puerta de la secretaría se abrió y la vieja Olga me encaró.

Rajá de acá, Pastore, me dijo y no hizo falta que lo repitiera.

Ese día teníamos contraturno, así que Franki fue a comer a casa. En el camino me contó que la cosa se había puesto peor. Las pesadillas eran más seguidas y tan reales que a veces pensaba que los demonios existían de verdad y lo que

estaba viviendo cuando se despertaba era un sueño.

En casa le dije a mi tía que Franki andaba mal. Después de almorzar ella lo invitó a la primera pieza. Se sentaron enfrentados. Le acarició las manos y con las uñas recorrió las líneas de las palmas.

Contame, dijo.

Y Franki habló de los susurros, las voces y los gritos. De la casa abandonada y las pesadillas. De los hombres con las manos llenas de fuego y los demonios, los malditos demonios y el bosquecito



atrás de su casa.

Tenés que ir a verlo al Pelado, dijo mi tía y se puso de pie.

\* \* \*

El Pelado vivía en medio del campo. Yendo al norte. Tiempo atrás, colectivos repletos venían desde la capital a verlo. Las personas hacían cola afuera de su consultorio. No sé en qué época hablaron de que experimentaba con magia negra y lo acusaron de realizar

un trabajo sobre una chica de los barrios bajos, llamada Leonor. Después de ese quilombo la cosa se puso fulera. El cura de la Parroquia fue a buscarlo varias veces y algunos fieles organizaron una marcha en su contra. Una mañana se levantó y tenía la pared escrita con insultos. Basura en la vereda, botellas rotas y vidrios desparramados. Lo acusaban de haber hecho un pacto con el diablo, de tener a la Virgen en una licuadora con la cabeza para abajo y cubierta de manchas de sangre. Recuerdo



que fue en ese tiempo cuando el Pelado pasó unos días en casa porque era amigo de mi tía. A mí me daba mucho miedo. Yo era chico y para mí el Pelado jamás dormía. Se pasaba el día entero acostado en el sillón, viendo partidos de fútbol de la liga italiana y española. Andaba siempre con un cigarrillo en la boca y el olor a tabaco negro quedó impregnado en los ambientes por varios meses, aun mucho tiempo después de que se fuera.

Algunas madrugadas me levantaba e

iba a la primera pieza y mi tía y el Pelado estaban enfrentados, con una vela en el medio y hablaban en voz baja, casi a los susurros.

Al final el Pelado consiguió una casa en el medio del campo y se fue. Dejó de atender de manera masiva. Según se cuenta, ahora hace ceremonias con plantas medicinales y de eso vive.

Mi tía habló con el Pelado y nos arregló una cita.





El colectivo nos dejó al frente del cementerio, sobre la ruta. En un papel llevaba un croquis con las indicaciones de mi tía. Caminamos y para pasar el rato levantamos piedras y se las tiramos a los árboles. La puntería de Franki era impresionante. Era un francotirador, donde apuntaba, pegaba.

La entrada de la casa del Pelado tenía los yuyos crecidos. Tocamos las palmas, lo llamamos a los gritos, nadie atendió. Saltamos el portón. Una antena de Direc TV relucía en la parte más alta de la

casa. Hicimos un par de pasos y de un costado salió un rottweiler negro. Se nos vino al humo. Ladraba como si nos quisiera comer de un solo bocado. Di la vuelta y corrí. Franki agarró piedras. Escuché los ladridos tan cerca y las patas raspando el piso que pensé que el perro ya me mordía. En un solo movimiento saltamos el portón y caímos del otro lado. Levantamos tierra. El perro chocó contra la madera varias veces y parecía que la rompía. De su hocico caía mucha saliva. Nos pusimos de pie



y recién en ese momento escuchamos la voz del Pelado.

¡Negro, Negro! son amigos, dijo y el perro dejó de ladrar y movió la cola.

El Pelado abrió el portón y pasamos. Estaba descalzo. Saludó a Franki y a mí me dio un fuerte abrazo.

Luchito querido, dijo. Qué grande que estás.

Tardó un largo rato en soltarme.

En el living la televisión estaba encendida. Un partido del Brasileño se jugaba con comentarios en portugués.

Esto es fútbol, nos dijo el Pelado. Acá se juegan la vida en cada cruce, no como esos gallegos y tanos que ni se tocan los tobillos.

Nos sentamos en un sillón y el Pelado nos invitó a tomar mate. La yerba que usaba era orgánica pero el gusto era el mismo.

Peguntó por mi tía y me di cuenta de que estaba demasiado flaco y viejo. Pensé en mi tía y en él, siempre creí que había algo más entre ellos.

En el entretiem po el Pelado nos invi-



tó al fondo. Tenía una huerta que ocupaba casi la mitad del patio y más atrás sobresalían unos cactus ordenados uno al lado del otro sobre una tapia.

Sacó un par de sillas y las ubicó cerca de la pared del fondo. El sol daba a pleno sobre sus cabezas. Franki y el Pelado se sentaron enfrentados y a mí me mandaron para adentro. Desde el living podía verlos pero no escuchaba lo que decían. En un primer momento Franki hablaba, después de un rato, el Pelado le explicaba algo. Me cansé de tratar de

descifrar lo que decían y me tiré en el sillón a ver el partido. El Pelado tenía razón, estos tipos se cagaban a patadas. Miré el partido. Cuando terminó hice zapping, me enganché con el final de Corazón Valiente y recién entraron. Tomamos un par de mates más y al rato nos fuimos. El rottweiler estaba echado en la entrada, mansito.

En el colectivo le pregunté a Franki cómo le había ido.

Mal, dijo.



¿Por qué?

No tengo nada malo. Dice que lo me pasa es un don, un poder de percibir cosas que otros no ven. Y lo peor es que esto recién empieza, dijo y fueron sus últimas palabras en el viaje.

Me bajé en mi parada y él siguió. Cuando me despedí le di un abrazo, tenía los ojos llorosos.

Franki faltó a la escuela por tres semanas. Hablé a su casa en varias oportunidades, no me atendieron. Regresó

un viernes junto a su madre. Lo vi de lejos, estaba flaco, pálido y con unas ojeras impresionantes. Se lo notaba nervioso. Musso le prohibió el ingreso. Los atendió en el portón y les dijo que estaba libre. Le quiso hacer firmar un papel a la madre, ella se negó y una pequeña discusión se armó entre ellos.

Ese mediodía le volví a pedir a mi tía que me explicara las palabras del Pelado. Ella se sirvió un vaso de agua e intentó cambiar el tema. Tanto le in-





sistí que me dijo que la mayoría de las personas se acostumbran a vivir en un mundo establecido y limitado, pero la realidad es mucho más compleja y solo unos pocos la pueden apreciar en su totalidad, las personas que no se contaminaron, y Franki era uno de ellos.

Volví a estar solo en el curso, Rubén a veces se acercaba pero la Flaca era tan celosa que si se quedaba mucho tiempo se enojaba. Los pibes del fondo seguían jugando a los luchadores libres y cuan-

do me juntaba con ellos, la verdad que no entendía por qué se reían de cualquier cosa.

Un domingo bien temprano golpearon la puerta. Salté de la cama y fui hasta la primera pieza. Antes de abrir volvió a sonar de manera brusca. Atendí y era la madre de Franki. Estaba nerviosa, se pasaba a cada rato la mano por el pelo y se peinaba y despeinaba al mismo tiempo. La hice pasar y apenas entró me abrazó un largo rato y aunque no podía verle



la cara percibí que lloraba. Cuando se tranquilizó me soltó y se sentó.

Franki está internado, dijo y la voz se le quebró.

Le serví un vaso de agua y se lo dejé sobre la mesa. A cada segundo pensaba qué decir, de qué manera mostrar mi preocupación, dar mi apoyo. Al final me quedé callado y esperé a que ella hablara.

La madre de Franki me contó que la cosa había empeorado. Franki se levantaba a mitad de la noche, buscaba la es-

copeta, la cargaba, salía descalzo, caminaba por la calle de tierra hasta la casa abandonada y apuntaba al aljibe. Luego se adentraba en el bosque. A la hora volvía, dejaba el arma sobre la mesa y se acostaba con los pies llenos de barro.

Los médicos dijeron que era sonámbulo, que comiera más liviano en la cena o que tomara solo un té. Le recetaron pastillas para dormir pero lo sigue haciendo. La escopeta la escondemos en lugares diferentes pero siempre la encuentra. Anoche salió para el bosqueci-



to con el arma cargada y lo seguimos con una linterna. Se escondió atrás de un árbol y apuntó a la nada. Cuando nos acercamos y le toqué la espalda, se dio vuelta y tenía los ojos cerrados. Nos pidió que hiciéramos silencio. Allí están, nos dijo, están arrasando con todo. Alumbramos con la linterna, no había nada.

Fui a verlo a Franki varias veces al hospital. El edificio daba lástima, la humedad cubría las paredes, los techos estaban descascarados y el olor a lavandi-

na era tan fuerte que me hacía doler la cabeza. Franki estaba en un sector para niños y adolescentes que quedaba atrás de un jardín descuidado. Se sentía bien, un poco abombado por las pastillas que le daban y con la boca pastosa. Cuando le pregunté por sus caminatas nocturnas me juró que no se acordaba, pero prefería eso a las pesadillas. Después le conté de las chicas de quinto “A” y de los muchachos del fondo que ahora, en los recreos, jugaban a los súper campeones con una pelotita de papel y



se cagaban a patadas y más de uno salía con los tobillos morados.

En noviembre le dieron el alta.

A las semanas decidieron volver a la capital.

Los Porta se mudaron un veinte de diciembre, no me lo olvido más porque fue el mismo día que el país estallaba o por lo menos era eso lo que se veía por la televisión: saqueos en supermercados, una multitud en la plaza de mayo, cacerolas que sonaban y la montada

arrasando con lo que se le cruzaba en el camino. Ayudé en la mudanza y cuando apagamos el aparato para ponerlo en una caja y subirlo a la camioneta, parecía lejano lo que pasaba en la gran ciudad. Acá solo escuchábamos el canto de los pájaros, las ramas que se movían y de vez en cuando algún vehículo que pasaba por la ruta.

Dejamos los últimos bolsos y bolsas preparados para cuando volviera la camioneta y nos sentamos sobre una mesada en el fondo. El mediodía había





pasado y hacía mucho calor, teníamos las remeras húmedas de tanta transpiración. Tomamos bastante agua y un viento pesado y caliente movió las ramas de los árboles. Sin pensarlo mucho nos pusimos de pie y nos adentramos en el bosque. Entramos por el sendero de siempre y a los pocos metros nos dimos cuenta de que el claro en el medio era impresionante. El sol daba a pleno sobre las ramas y troncos caídos. Nos detuvimos en el mismo lugar de siempre y miramos el terreno, por un largo

rato. En un momento Franki me tocó el hombro y apuntó hacia el lado de la ruta. Era el tío con tres personas más. No tenían pinta de leñadores sino de amigos que querían conocer el lugar. Uno de ellos era un gordo grandote que llevaba una parrilla. Los otros dos cargaban bolsas de supermercado. Se detuvieron a la altura de la casa abandonada e hicieron un círculo. Nos agazapamos atrás de unos arbustos y observamos en silencio. Dejaron la parrilla a un costado y arrojaron pedazos de madera. Al rato,



una pequeña nube de humo se elevó por los cielos. Una llamarada solitaria creció. Ellos siguieron hablando más fuerte y se reían, y sus risas se multiplicaron en cada rincón del bosque y juro por lo que más quiero, que parecían payasos endemoniados. Se dieron vuelta hacia donde estábamos y el tío llamó a Franki.

No sé si era el vapor que se levantaba a esa hora, o el fuego y el humo, pero me pareció que sus rostros se derretían. La piel se les desprendía, se arrugaba y caía hacia los costados. Franki saludó desde

lejos y por lo bajo me dijo que caminara.

Volvimos a la casa y esperamos la camioneta. No quise hablar de lo que habíamos visto en el bosque porque sabía que Franki lo había percibido más claro que yo. Ayudé a cargar los últimos bolsos y partimos. La casa quedó vacía y con las puertas y ventanas cerradas. En el camino hacia la ruta nos cruzamos con una topadora amarilla. Me acercaron hasta la esquina de casa y allí nos despedimos. Los padres me agradecieron la ayuda y la compañía. La madre es-



taba más tranquila y otra vez su pelo olía a manzanilla. Con Franki nos abrazamos y un calor intenso me cubrió el cuerpo.

El finde que viene vuelvo, me dijo.

Te espero, le contesté.

Nunca más volvió y por mucho tiempo no supe nada de él.

Al año, el bosque o lo que quedaba se quemó. Los bomberos y algunos vecinos del pueblo lucharon por dos días enteros, cuando la cosa se estaba poniendo peor y se hablaba de evacuar la zona,

una lluvia constante aplacó el incendio.

A veces paso en colectivo por el lugar y es tan extraño observar el terreno extenso devorado por el fuego, cubierto de cenizas que ante la mínima brisa se eleva y flota en el aire formando una nube blanca. No queda ni un árbol, menos la casa abandonada o aquella en la que vivió mi amigo, Franki Porta.





LA CURANDERA

©

1

*A mis viejos.  
Militantes peronistas.*

Mamá tenía cáncer de mamas. Le habían cortado el pecho izquierdo y descansaba en terapia intensiva en una clínica de Tucumán. Cables y sueros salían de su cuerpo y los medicamentos que ingería mediante una sonda la mantenían dormida gran parte del día.



Viajé desde Córdoba y el PAMI, la obra social de mi vieja, me pagaba el hotel y me daba veinte pesos por jornada para comer y trasladarme. El lugar donde me hospedaba quedaba en el centro de la ciudad, sobre una de las peatonales. Era un edificio viejo, alto, con piezas cómodas que daban a la calle y una pequeña confitería al lado de la recepción. Las habitaciones estaban llenas de personas que tenían algún familiar internado en estado grave o con tratamiento extendido.

©

Iba a la mañana y a la tarde a la clínica. Solo tenía dos horarios de visitas en el día y jamás los desaprovechaba. De nueve a diez y de diecinueve a veinte. La mayoría de las veces mamá dormía y yo me acercaba a la cama, me ponía de cuclillas y miraba su rostro. Me preguntaba si así era la muerte: un montón de cables en tu cuerpo, la piel reseca, una luz verde que titilaba constantemente, olor a iodo y un silencio inquietante que cubría cada rincón de la terapia.

Algunas tardes mamá despertaba.

Abría los ojos y en su cara se dibujaba una mueca de felicidad. Le gustaba verme ahí, parado al borde de la cama, preocupado por ella después de tanto tiempo de ausencia. Ella no podía hablar. Me acercaba aun más y le decía que se iba a poner bien, que pensara en positivo, que se olvidara de la enfermedad. Le hablaba de otras cosas, le contaba que en el hotel había un señor mayor, de apellido Ligerón, que acompañaba a su esposa que esperaba por un trasplante de riñón.

©

Te conocen del partido, ellos también son peronistas, le decía.

Mamá escuchaba hasta que se cansaba y sus ojos se cerraban de a poco. Le acariciaba la mano, le daba un beso en la frente y esperaba que la enfermera dijera que ya era la hora.

2

En un principio, los veinte pesos solo me alcanzaban para el almuerzo y para

la cena tenía que sacar plata del cajero. Algunas veces me acostaba con el estómago vacío. Cuando empecé a tratar con Ligerón, me llevó a un comedor que quedaba a siete cuadras del hotel. El menú con bebida incluida salía doce pesos. Ligerón arregló almuerzo y cena por veinte. El dueño era un tipo de unos cincuenta años que, según él, había sido de la Tendencia en su juventud y tuvo que esconderse de los militares; sin embargo, cada vez que hablábamos, pedía por el regreso de Menem. Lo lla-



maban «El General». En la pared, atrás del mostrador, un retrato de Evita, viejo y descuidado, daba la impresión de que en cualquier momento se caía.

Después de cenar volvíamos al hotel y nos sentábamos en el bar junto a los otros huéspedes. Al final alguien lloraba y ese momento le servía para contar los detalles de la enfermedad del familiar. Cuándo había empezado. Cuál fue el primer diagnóstico. La situación actual. Las esperanzas, las penas... y las

palabras salían sin parar.



El hotel también tenía sus días buenos. Era el invierno del 2010, el frío se soportaba y en la tele se jugaba el mundial de fútbol. La mayoría de los encuentros los veíamos en la confitería y hablábamos de la táctica de Maradona, de la magia de Messi, de la fuerza de Tévez y de los goles de Higuaín. En esos



momentos el hotel parecía un lugar normal, donde los pasajeros se hospedaban por placer y no por enfermedad.

Con Ligerón comentábamos cada jugada y siempre repetía lo mismo: «Maradona es peronista por eso vamos a salir campeones». También me contaba que había sido un gran jugador. Win izquierdo, ni carrilero ni once, win izquierdo, de buena pegada, gran cabeceador y bueno para las piñas.





Una mañana, mientras desayunaba, escuché por primera vez el nombre de Carmen María, la Curandera. Estaba sentado, hojeando el diario cuando una señora de Jujuy que acompañaba a su hermana con leucemia contó parte de la historia. Dijo que tenía una vecina con el hijo enfermo, con una pelota en la cabeza, un tumor maligno. Había que operarlo y la cirugía era riesgosa. Los médicos le habían dado la fecha.



La vecina estaba sin fuerzas y lloraba a cada rato. Un mediodía en que volvían del sanatorio, un remisero nombró a Carmen María. Les dijo que era una sanadora y les explicó cómo llegar. La vecina fue esa misma tarde a verla. La curandera vivía a las afueras de la ciudad, rumbo al norte, en una casilla desolada rodeada de sauces llorones y lapachos pelados. El camino era de tierra. La vecina llegó con el hijo en brazos y Carmen María estaba en la puerta.

Hace rato que te estoy esperando, le

dijo al pequeño y los hizo pasar a una habitación vacía con las ventanas cerradas y una silla en el medio.

Carmen María sentó al niño y se arregangó la blusa. En una mano llevaba un guante blanco, se lo sacó y le faltaban los cinco dedos. Con esa parte le acarició la frente, la cara y los cabellos al pequeño. Luego los despidió.

La vecina dejó de llorar.

El día de la operación los médicos volvieron a hacerle una tomografía al niño y la pelota en la cabeza ya no estaba.

©

5

El domingo que Argentina clasificó a octavos de final, la mujer de Ligerón tuvo una infección y el viejo se instaló en el hospital.

Cené solo y a cada bocado que daba tenía ganas de preguntarle El General si sabía algo sobre Carmen María. Un par de veces hice el amague de levantarme y acercarme hasta la barra, al final terminé de comer en silencio.

Volví al hotel pensando en la Curan-

dera y en ese niño que ni siquiera conocía y en la pelota que primero estuvo en su cabeza y luego desapareció.

En mi habitación abrí las cortinas y pasé un largo rato apoyando mi cabeza en el vidrio. De vez en cuando el vapor que salía de mi boca empañaba el cristal.



Mamá seguía con los ojos cerrados. El Doctor me dijo que para volver con



la quimio tenía que despertar y estar con energía para soportarla.

Háblela, cuénteles cosas de su vida aunque esté dormida, me dijo el médico antes de volver a su recorrido por las habitaciones del hospital.

Antes de dormir, pensé en lo que iba a contarle a mamá. Después de un largo rato me di cuenta de que tenía poco por decir. Había elegido un camino diferente al suyo y nada de lo que me pasaba era interesante, especialmente para ella,

una fanática militante peronista.



Pasé la tarde entera junto a la ventana. El cielo estaba cubierto de nubes grises y oscuras, helaba y seguramente pronto iba a llover. Las personas pasaban con camperas, gorros, guantes y remeras de Argentina. Algunos llevaban cornetas y las hacían sonar a cada rato. Se escuchaba un ritmo de cumbia.



Cuando la tarde se estaba acabando, abrí una agenda e intenté escribir lo que había hecho en estos años fuera de Tartagal. No pude llenar ni siquiera una hoja. En cambio, dibujé varias llamara-das alrededor de las letras. Lo hice de una manera tan prolija que parecía que las palabras se prendían fuego.

Fui hasta la recepción. Me enteré de que la mujer de Ligerón estaba mejor y el viejo había vuelto al hotel. Lo llamé a su habitación.

Ligerón bajó con el pelo mojado y unas



ojeras enormes. Nos sentamos en el bar y pedimos un café. Antes de hablar de Messi y de que el viejo volviera a relacionar a Maradona y Tévez con Perón, le conté la historia de Carmen María.

Esa noche en Tucumán llovió.



El mismo día en que Argentina clasificó a cuartos de final apareció el riñón



para la mujer de Ligerón. El viejo otra vez se instaló en la clínica. Vi el partido con los demás familiares y la verdad que extrañaba sus comentarios. En el segundo gol de Tévez la ciudad explotó. Fuegos artificiales estallaron en el cielo, papeles picados volaron de los edificios y el grito fue ensordecedor. La ciudad temblaba.

Al terminar el partido miles personas fueron hasta la plaza a festejar el triunfo. Yo salí y me senté en uno de los bancos de la peatonal. De espaldas a la mul-

titud. Me prendí la campera y le subí el cuello para cubrirme del frío. Ligerón llegó con los ojos cargados de lágrimas. Me di cuenta de que la cosa no andaba bien y esperé a que hablara.

Tenemos que encontrar a Carmen María, dijo y se sentó a mi lado.

Nos quedamos en silencio.

Ligerón estaba mucho más viejo.

Le di un abrazo.

Mañana la buscamos, dije.



Salí de terapia y me serví un vaso de agua del dispenser que está al lado de la sala de enfermería. Miles de pensamientos pasaban por mi cabeza. Me acordé de la tristeza de Ligerón y lo relacioné con la soledad de mi vieja. ¿Dónde mierda estaban los pibes del comedor que iban hasta los domingos? ¿Y las señoras que se pasaban la tarde entera tomando mate en los talleres de la siesta?

Atravesé los pasillos iluminados del Hospital y salí. El sol de invierno me pegó en la cara y por unos segundos me encegueció. Caminé hasta un carrito donde vendían café y bizcochos.

Esperé a Ligerón. Olor a pan caliente salía de ese pequeño lugar.

El viejo llegó al rato y fuimos hasta la parada de remises. Cuatro choferes hablaban en ronda. Tomaban café y fumaban al mismo tiempo. El humo se entremezclaba arriba de sus cabezas. El logo de Cinco Estrellas resaltaba en las



puertas de sus automóviles. Ligerón habló y fue directo.

¿Quién nos puede llevar con Carmen María?, dijo

¿Quién?, preguntó uno como si fuera la primera vez que escuchaba ese nombre.

La manca, dijo otro y tiró el vaso cerca del cordón.

Nosotros no hacemos esos viajes. Hablen con el Rengo, un viejo que anda en un Renault 12. Ya debe estar por llegar, dijo un tercero, y los remiseros volvieron a su ronda y nos dieron la espalda.

Nos sentamos en los canteros de la esquina. Ligerón me invitó un café con bizcochos. La mañana comenzaba a calentarse. Me desprendí la campera y el viejo me contó lo delicada que estaba su esposa.

Problemas de compatibilidad, dijo.

Cerca del mediodía el Renault 12 llegó. Se detuvo en la parada atrás de otros remises y apagó el motor. Nos acercamos hasta el vehículo y lo encaramos al Rengo. Tenía la cara llena de arrugas y su cuerpo era extremadamente fla-



co. Le faltaban varios dientes y cuando hablaba salpicaba saliva. No hizo falta mucha explicación. Apenas nos vio llegar, el Rengo ya sabía qué queríamos. En escasos minutos arreglamos el viaje.



El mismo día en que la selección jugó su partido de cuartos de final, con Ligerón nos subimos al Renault 12 del Rengo. Los asientos estaban rotos y salía la



goma espuma del tapizado. Era el primer remís que veía sin el logo de Cinco Estrellas. Las calles estaban vacías. Ni los colectivos circulaban. Tucumán era una ciudad abandonada. Era la siesta y el sol estaba a pleno. Tomamos una avenida y nos alejamos del centro. En el bolsillo del pantalón llevaba una foto de mamá. Tenía el cabello despeinado y unos lentes de sol negro. Parecía una artista.

Pasamos la circunvalación, los carteles que indicaban Salta quedaron atrás. A un costado del camino había un ba-



rrio. En las primeras manzanas las casas eran de ladrillo visto, atrás se levantaban miles de casillas y edificaciones precarias tan pegadas que no se podía distinguir dónde empezaba una y terminaba otra. Las calles se entrecruzaban cada media cuadra y el barrio se volvía eterno. Varias antenas de Direct Tv sobresalían en los techos y zapatillas viejas colgaban de los cables. En algunas viviendas habían sacado el televisor afuera y numerosas personas estaban sentadas alrededor del aparato. Se es-

cuchaba el himno nacional.

Pasamos el barrio, bajamos a la banquina y tomamos una calle angosta. A los cien metros el asfalto se acabó. El camino se hizo de tierra y una nube de polvo se levantó a nuestro paso. La calle se volvió un sendero angosto. Las ramas acariciaban las ventanas del Renault. El Rengo disminuyó la velocidad y al poco tiempo la senda se abrió. Nos encontramos con un santuario. Era pequeño y adentro una imagen de la Virgen de Urkupiña estaba cubierta de



flores. Cientos de carpetas reposaban sobre la entrada. Las paredes laterales estaban cubiertas con plaquetas de agradecimiento. Un grupo de señoras rezaban el rosario y prendían velas.

Abajo de un sauce nos detuvimos, junto a otros autos. El Rengo apagó el motor y dijo: Busquen al niño que reparte los números. Los espero.

Las voces de las señoras rezando se oían como un zumbido constante. Un hombre mayor salió por la puerta de atrás junto a un joven. Se subieron a uno

de los vehículos y se fueron. El niño que repartía los números llevaba una remera de Argentina colgada del cuello. Antes de entregarnos los turnos dijo: Son los últimos que reparto.

Nos sentamos en unos bancos cerca de la puerta. Una señora que estaba con su nieto y esperaba por un problema de huesos nos dijo que habíamos tenido suerte, porque había días en que llegaban colectivos repletos de otras provincias y se armaban largas colas para poder pasar.



La puerta se abrió y una pareja entró con un bebé. Salvo el zumbido de las voces de las señoras nadie más hablaba. Solo se escuchaban los cantos de los pájaros y de vez en cuando el aleteo de las aves cuando volaban de una rama a otra.

A eso de las seis de la tarde el grupo de mujeres se fue. Carmen María salió. Era delgada y alta, tenía el pelo largo, hasta la cintura y lo llevaba suelto. Los ojos grandes y bien abiertos. La mano

sin dedos la escondía atrás de su cintura. Desde la puerta, con un gesto de la cabeza, saludó al Rengo.

Que entre el señor grande, dijo y se hizo a un costado para que Ligerón pasara.

La puerta se cerró. Me quedé solo. Para pasar el tiempo me acerqué al santuario y leí las plaquetas de agradecimiento. Adentro las últimas velas se consumían. Puse la mano arriba de una llamarada y la dejé hasta que ardió. El dolor se fue diluyendo de a poco y una



gran ampolla se formó en medio de la palma. El sol estaba cayendo y la tarde se puso fría. Me cerré la campera y le levanté el cuello.

Ligerón salió por atrás y se metió en el remís. La puerta de adelante se abrió. Carmen María se había cubierto con un poncho de vicuña. Pasé. La habitación era amplia y fría. Solo había dos sillas enfrentadas y en el suelo una vela roja, gruesa y encendida. Las ventanas estaban cerradas. Otra puerta daba al fon-



do. Desodorante de ambiente barato aromatizaba el lugar.

Nos sentamos enfrentados y Carmen María me pidió la foto. La puso sobre su falda, la acarició con la mano sin dedos y cerró los ojos. Murmuró palabras inentendibles, como si estuviera rezando en otro idioma. Luego acarició por última vez la imagen de mamá y me la devolvió.

Es una gran mujer, dijo y se levantó y abrió la puerta de atrás.

¿Ya está? pregunté.



Ella no necesita ayuda.

Guardé la foto en el bolsillo de la campera y me puse de pie. No entendía nada. Por un lado percibía una energía muy fuerte en el lugar y por otro creía que era una impostora. Qué quería decir con qué no necesitaba ayuda. Mi madre estaba con los ojos cerrados, llena de cables que entraban en su cuerpo y esta señora me decía eso. El cáncer se la estaba comiendo viva. Me dio bronca y tal vez por impotencia o simplemente porque las cosas me habían supera-

do lloré. Un aire helado entró de golpe. La vela se apagó y nos quedamos a oscuras porque afuera la noche ya había llegado. Carmen María me detuvo en la puerta y con su mano sin dedos me acarició el pecho y luego la cabeza. Sentí un calor que brotaba desde el interior y se extendía por el cuerpo entero, era como si la sangre se hubiera convertido en fuego y recorriera mis venas. Nos quedamos así por un buen rato hasta que las lágrimas se me apaciguaron y recién ahí me dejó ir.

©

11

En el remis, Ligerón me mostró un cinto de hilo. Me contó que Carmen María se lo había dado para que envolviera la cintura de su esposa y le había asegurado que se iba a recuperar.

A usted ¿cómo le fue?, preguntó el Rengo.

No contesté.

No se ponga mal. Carmen María de alguna u otra forma siempre ayuda, dijo el Rengo.

Al viejo lo dejamos en el hospital. Yo me bajé en la peatonal. Mi horario de visita ya había pasado. En la plaza quedaban muy pocas personas. En uno de los balcones un hombre mayor descolgaba una bandera argentina. No se sentían ni cornetas o bocinas de vehículos, menos gente festejando. Era como si el silencio de la casa de Carmen María se hubiera trasladado a la ciudad entera. El bar del hotel estaba vacío. Los mozos charlaban de brazos cruzados. Pedí la llave y pasé directo a la pieza.

©

Cerré las ventanas y me acosté con la ropa puesta.

A las dos horas el teléfono sonó. Ya sabía para qué hablaban.

Me puse la campera y salí rumbo al hospital.



AUTORIDADES

---

PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRA DE CULTURA

Teresa Parodi

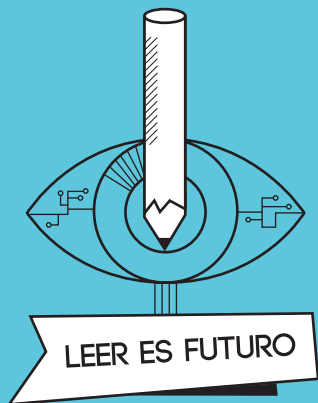
JEFA DE GABINETE

Verónica Fiorito

SECRETARIO DE POLÍTICAS

SOCIOCULTURALES

Franco Vitali



Cultura Argentina



Ministerio de Cultura  
Presidencia de la Nación  
Argentina